
“Una campaña de espiritualidad y de conciencia”

CINTIO VITIER

Presidente del Centro de Estudios Martianos

Si nos reunimos para considerar la prioridad de la formación de valores en las nuevas generaciones, es porque partimos de una premisa: hay una cierta quiebra de valores, o, por lo menos, su presencia no es suficiente en la actitud y la conducta de las nuevas generaciones.

Lo primero, entonces, será preguntarnos por qué sucede esto. Nunca antes, desde el triunfo de la Revolución, se había detectado una crisis moral en zonas significativas de la juventud que suscitara preocupaciones como las que hoy sentimos.

Durante años pudo decirse que el principal acontecimiento pedagógico de la Revolución era la Revolución misma, con lo que se aludía a la vivencia o cercana resonancia de su epicidad en dos fases y planos conexos: la lucha insurreccional, que rápidamente tuvo que convertirse en lucha contra el imperialismo norteamericano, y las medidas fundadoras de una justicia social sin paralelo en América Latina y el Caribe. Basta recordar la constelación de jóvenes héroes que culmina en la figura emblemática de Ernesto

Che Guevara para entender la atmósfera ética, y por lo tanto profundamente formativa, que precedió a las que hoy llamamos nuevas generaciones.

Para éstas, desde los años de la llamada "institucionalización" hasta el "período especial", la epicidad es más una leyenda que una vivencia, y los logros sociales, más que una emocionante conquista, constituyen un hábito, casi una rutina desgastada por apologías repetitivas. Si a esto se añaden el desplome del campo socialista, sus consecuencias en nuestra economía y la onda de nihilismo que recorre el mundo en este fin de siglo, tenemos causas y razones más que suficientes para explicar la quiebra o ausencia de valores que se percibe en zonas de nuestra juventud.

Sería ingenuo pensar, ante factores de tanta magnitud, que una campaña educativa con fines axiológicos puede resolver por sí sola, de la noche a la mañana, tales fenómenos. Aquí se pone de manifiesto la profunda relación de los problemas económicos con los problemas morales, y ello debe llevarnos a ver en estos momentos a nuestros economistas trabajando hombro con hombro con nuestros educadores. Sin duda la solución de los problemas materiales, siempre que se mantenga fiel a los principios fundadores de la Revolución, resulta indispensable para los fines que nos proponemos. No será nunca ése, sin embargo, el único factor necesario, y, por otra parte, mientras esa solución, inevitablemente compleja y lenta, se abre paso y despeja el camino, ciertamente no podemos descuidar una tarea educativa en la que

tienen que unir sus esfuerzos todos los agentes civiles, organismos e instituciones de nuestra sociedad.

Cuando hablamos de principios fundadores y fines axiológicos debemos remontarnos a una eticidad y una pedagogía que comienzan para nosotros (asumiendo un legado humanista y cristiano de siglos) en las aulas del Seminario de San Carlos con el padre Félix Varela, continúa en las del Salvador con José de la Luz, prosigue en las del San Pablo con Rafael María de Mendive y culmina en el pensamiento revolucionario de José Martí, Maestro del primer grupo de jóvenes marxistas cubanos en los años '20 y de la que a sí misma se llamó Generación del Centenario Martiano en 1953. Es esa continuidad, siempre amenazada por adversarios autóctonos y foráneos, la columna vertebral de nuestra historia, y sólo ella, que mereció parir hombres como Céspedes, Agramonte, Gómez y Maceo, pero también un pueblo capaz de inspirarlos y seguirlos; sólo nuestra historia, decimos, puede enseñarnos quiénes somos, cuáles son nuestras tendencias negativas y positivas, nuestras lacras y virtudes características, nuestros enemigos internos y externos. No se trata de aferrarnos a un ontologismo histórico. Se trata de reconocer que tenemos modos característicos de reaccionar ante las más diversas circunstancias, como los tiene todo conglomerado humano convertido en nación, y más si ha partido de un *status* colonial que lo ha obligado a conquistar, con las armas de la cultura y las inevitables de la guerra, un lugar en el mundo: es decir, su propia historia, en el ámbito del devenir universal.

Ha de ser, pues, nuestra propia historia, ya que no constituye un pasado inmóvil sino que seguimos haciéndola cada día, un agente cada vez más vivo y real en la formación de las nuevas generaciones. Y cuando decimos historia no queremos decir sólo fechas, nombres y sucesos. Queremos decir búsqueda de un sentido, que es precisamente lo que hoy se intenta negar a la historia, cuando no clausurar sus puertas para que nadie siga haciéndola. Y es por eso que hoy más que nunca tenemos que dirigir los ojos hacia ese horizonte llamado José Martí, hacia el hombre que más de cerca y más de lejos nos acompaña, y propiciar su encuentro, su diálogo con nuestros niños, adolescentes y jóvenes dentro de un estilo pedagógico como el que él elogió y practicó: libre, conversacional, gustoso. No creemos que ahí esté la panacea milagrosa para todos nuestros males, a los que por otros caminos concurrentes hay que acudir, pero sí el antídoto, contra muchos venenos, la fuerza para resistir adversidades, la capacidad de generar nuevos espacios de creación y libertad, el gusto por la limpieza de la vida, y sobre todo, la convicción de que la historia, que en sus momentos de extravío puede ser tan ciega como la naturaleza desbordada, obedece a un último imperativo de “mejoramiento humano”. Y cuando no es así, es nuestro deber —porque tal aspiración es la que nos hace hombres y mujeres— luchar por que así sea.

Generosamente acogidas las ideas que esboqué en mi artículo “Martí en la hora actual de Cuba” por el Ministerio de Educación, que a su vez desde febrero de 1991 había editado el magnífico folleto de Luis

Toledo Sande *José Martí en la fragua de nuestro espíritu*, al comenzar a ponerse en práctica lo que llamamos una "campana de espiritualidad y de conciencia", en la correspondiente "Guía para los maestros de las aulas martianas" escribió:

"En todos los niveles, en todos los grados, habrá de ponerse de relieve la eticidad y la espiritualidad martianas, culminación revolucionaria de la tradición iniciada por el padre Félix Varela y José de la Luz y Caballero, reflejada en todos sus actos, en su concepción del mundo, en su sentido del deber, en su culto a la belleza, en su toma de partido 'con los pobres de la tierra', en sus métodos de lucha, en su estilo literario, por donde nos enseña que el ajuste de fondo y forma, de voluntad y decoro, de pasión y cortesía, debe ser la norma de nuestra conducta cotidiana, siempre atenta a la dignidad personal y al servicio colectivo. Maestros voluntarios y entusiastas, aulas vitales e inspiradas, alumnos participantes y gustosos de la hermosa compañía que van ganando, práctica constante del 'pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás', fundamento de la patria: un pueblo, en fin, de niños, adolescentes y adultos martianos: a eso aspiramos. Tal es nuestra tarea".

Pero esta inmensa tarea no puede ni debe ser responsabilidad exclusiva de la escuela, aunque tenga en ella su centro. Como ya lo advertimos y está previsto en la convocatoria de esta audiencia pública dirigida "a la población, a todas las organizaciones, instituciones y organismos implicados en el proble-

ma” (entre las que echamos de menos a las instituciones religiosas), lo que se nos plantea es una empresa de dimensión nacional, cuyo mayor riesgo sería el de caer en consignas abstractas y en cumplimientos mecánicos. Esta especie de nueva alfabetización ética, patriótica y, desde luego, política, es sumamente delicada, no sólo porque tiene que enfrentarse a corrientes mundiales de las que no podemos sustraernos y porque la realidad inmediata no suele estimularla, sino además porque de lo que se trata es de ganar intimidades, sensibilidades, conciencias, almas. La epicidad de los héroes y de los grandes giros multitudinarios en pos de la justicia social, las ganaba fácilmente. No así el desgaste implacable a que nos somete el bloqueo duplicado y creciente, más la intrínseca complejidad de las medidas económicas adoptadas. Es en este marco donde aparecen los jóvenes descreídos, escépticos o desencantados para los cuales las instituciones revolucionarias no tienen ninguna palabra convincente; y aún peor, si esas instituciones esgrimen la palabra de Martí, esta misma deja de ser convincente porque se ha vuelto “oficial”. Lo primero que habría que encontrar ante esas actitudes es *otro lenguaje*. Y esto quizás sea posible, sencillamente, elevando con auténtico espíritu revolucionario el nivel de los medios masivos de comunicación, de tal modo, que no se perciban en ellos “orientaciones” sino comprensiones y discusiones abiertas donde los jóvenes aludidos —que pueden ser iletrados o intelectuales— no sean simplemente las ovejas descarriadas del rebaño sino partícipes de un proceso que no puede darse el

lujo de desconocerlos o de tratarlos con un paternalismo inútil. De ellos podemos aprender, en primer término, cuáles han sido nuestras insuficiencias.

Una vez más llamamos la atención acerca de la frecuente desgracia de las llamadas “películas del sábado”. Impunemente suele penetrar con ellas en nuestros hogares un mensaje deformante y opuesto de raíz a los valores que pretendemos fomentar. El letrado advirtiendo que el film que va a proyectarse contiene “lenguaje de adultos, violencia y sexo”, aunque agradecible, no evita la impunidad, porque el daño mayor no sería para los niños que apenas entienden esos engendros o los reducen a sus aspectos más espectaculares, sino que es, de hecho, para los adolescentes que ya se sienten adultos. El dinero, la brutalidad y la cosificación consumista del mundo son los verdaderos héroes de esos subproductos del capitalismo tardío, generalmente sin ninguna calidad artística, comerciales y amorales hasta la médula, alienados y alienantes. Su reiterada presencia en nuestras casas no se justifica. La programación televisiva —en la que hay espacios muy encomiables— debiera considerarse integralmente, junto con la radial y con la prensa plana, en función de los objetivos planteados por esta audiencia pública de la Asamblea Nacional del Poder Popular. Ojo, sin embargo, por otra parte, con puritanismos contrarios a nuestra idiosincrasia, cuya sensual alegría debe ser cultivada, no reprimida.

Con los niños podemos trabajar en relativa paz en la escuela. Con los adolescentes y jóvenes, aunque no sean de los llamados “conflictivos” (que tantas ve-

ces son los más originales y valiosos), la tarea suele ser difícil. Y más difícil aún fuera de las aulas, en el hogar no siempre estimulante de lo mejor, en las calles de los barrios más golpeados por el "período especial". ¿Llegaremos hasta las marginalidades más desdichadas y hasta los rincones más oscuros con la luz que a todos nos excede, no como dueños sino como servidores suyos? Creemos que sí, que es posible. Despojados de prejuicios, de vanidades, de autosuficiencias, por sutiles que sean, pongámonos a la obra, interiorizando estas martianas palabras indelebiles: "La única ley de la autoridad es el amor".